

Samuel Cedillo: Estudios

Discurso de presentación del disco del compositor mexicano, Samuel Cedillo, ofrecido por Édgar Guzmán en el Museo de la Ciudad de Querétaro, el 4 de Mayo de 2023.

Entra un doctor al consultorio para informarle a una señora los resultados del examen médico de su esposo, y dice: *No me gusta nada cómo se ve su marido.* Y la señora responde: *Hace tiempo que a mí tampoco me gusta.*

Comienzo con un chiste porque la música no lo es pero en algo sí se parecen.

En el chiste hay algo del orden de lo intraducible por el lenguaje, de lo intramitable por lo simbólico. En la música hay un decir por fuera de la significación. La música no significa nada, pero da sentido a mucho; un sentido que no atañe al registro de lo simbólico y tampoco de lo imaginario. Por eso, explicar un chiste es matarlo. Pero explicar la música es un suicidio, peor que un chiste.

En este sentido, las palabras que quiero compartir con ustedes no pretenden cometer suicidio el día de hoy, sino transmitir algo de la verdad del pensamiento que resta tras la escucha de la música que Samuel nos presenta.

La verdad es que voy a mentir.

En la música que hoy nos convoca, hay desde mi perspectiva un tipo de violencia que, en la música, es cada vez más difícil de escuchar. Se trata de la violencia de la negatividad, de la oposición entre la mismidad del yo y la diferencia del otro, el amigo y el enemigo, su alteridad radical, el corte tajante en el inicio y el final de algo que, como la vida, sabemos no terminará bien.

En la música, acostumbrados a una violencia invisible, psíquica, no sin relación hoy día a la masificación de lo positivo, de la violencia no de la diferencia del otro sino de la mismidad del yo -que creyéndose libre se somete a sí mismo bajo el imperativo del rendimiento, de la salud, de lo light, del gluten free-, la tendencia en las salas de concierto es emprender la huida (en muchos casos, literalmente) o replegarse en la complacencia de un discurso narcisista ante la experiencia real de una alteridad. La violencia de la negatividad, en cambio, se manifiesta de manera explosiva, masiva, física, expresiva.

En la música que aquí se presenta, podemos apreciarla en la incidencia del primer fenómeno en la sonoridad de lo cotidiano. El movimiento que crea, la textura que teje, los arcos que la rasgan y el silencio de su resistencia. La música nunca comienza, y por ello no puede terminar. Sólo el corte tajante, silente, súbito y violento abre la posibilidad de una diferencia en las frecuencias y el aliento del segundo fenómeno, cuya gravedad de su interpretación parece más un sacrificio instrumental que una ejecución. El corte no permite que la escucha del fenómeno se detenga, sabiendo de antemano que el círculo de su respiración está por agotarse y su contrapunto aguarda. Contrapunto entre dos sujetos a tres arcos; contrapunto entre el yo y el otro a cuatro sierras. No sólo la música no comienza, tampoco resta violín por escuchar, mucho menos guitarra por tañer. En el arco del recuerdo de una melodía resquebrajada, en el pasado contrapunto de seis cuerdas aserradas, el momento de terminar se pierde y el corte anuncia la insistencia por venir de un nuevo ataque. El fenómeno regresa con el martilleo de una diferencia en la afinación perdida del piano, provocando el estallido de un motivo motivado, en apariencia, por el deseo de una destrucción, o quizá sólo de un final: finalmente un final.

Pero la música nos recuerda algo que ya sabíamos: que la música no termina bien, y sin embargo, al final nos damos cuenta que, en realidad, tampoco termina mal. ¿Cómo podría terminar bien o mal, si la música no termina, si la música corta? Al inicio. También al final. El corte separa, divide, hace marca, también abre un intervalo -de cuerpo, de carne, de tiempo- en el que el sujeto sitúa la experiencia de su propio deseo, deseo en el que la vida humana encuentra el sustento de su motivo.

Georges Bataille, en 1933, dice:

La vida humana [...] no puede quedar [...] limitada a los sistemas cerrados que se le asignan en las concepciones racionales. El inmenso trabajo de abandono, de derramamiento y turbulencia que la constituye podría ser expresado diciendo que la vida humana no comienza más que con la quiebra de tales sistemas.

La música que hoy se presenta es, desde mi perspectiva, una expresión más del deseo de esa quiebra, deseo resonante en el intervalo abierto de los cortes donde el estudio del fenómeno es más contrapuntístico de lo que parece. Si esto es así, cabe preguntarse: ¿Cómo podría ese deseo no expresarse de manera no violenta en medio de la turbulencia y el abandono de la vida?

Al comienzo que hace falta te decía *gracias*, Samuel, por la invitación a este cambio de tiempo. Al final que no termina, al final que hace corte, solo digo: *Felicidades, amigo mío.*

Édgar Guzmán, 2023